

“La Protectora y la Libertadora”, dos heroínas de la causa patriótica. Orígenes de sus célebres e irónicos sobrenombres, evocados por Ricardo Palma

Antonio González Montes
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
antoniogonzalesmontes2207@gmail.com
Lima - Perú

Resumen

En nuestro trabajo, proponemos la relectura de un texto (con tres partes) que el tradicionalista Ricardo Palma titula “La Protectora y la Libertadora”, que está dedicado a evocar y evaluar las vidas de Rosa Campusano y Manuela Sáenz, quienes se identificaron con la lucha por la independencia americana, a la vez que fungieron de amantes de José de San Martín y de Simón Bolívar, respectivamente. Por este último motivo recibieron críticas y sendos apodos. La posteridad las ha reivindicado.

Palabras clave: Rosa Campusano, “La Protectora”, Manuela Sáenz, “La Libertadora”.

Abstract

In this paper, we propose a rereading of a three-part text entitled “La Protectora y la Libertadora” by the traditionalist Ricardo Palma. This tale describes and evaluates the lives of Rosa Campusano and Manuela Sáenz, who fought for American independence and were also the lovers of José de San Martín and Simón Bolívar, respectively. For this last reason they were criticised and given various names. But posterity has vindicated them.

Keywords: Rosa Campusano, “La Protectora”, Manuel Sáenz, “La Libertadora”.

Antonio González Montes

Es doctor en Literatura peruana y latinoamericana por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y magíster en Literatura peruana y latinoamericana por la misma universidad. Es profesor principal a tiempo completo del Departamento de Literatura de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM. Es Miembro de Número de la Academia Peruana de la Lengua y académico correspondiente Perú de la Real Academia Española (RAE). Es integrante del Instituto de Investigaciones Humanísticas de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM, miembro fundador de la Asociación Peruana de Semiótica. Ha sido jurado del Premio Copé en los géneros de cuento, ensayo y novela en cuatro convocatorias.

Según datos confiables establecidos por conocedores en detalle de las fechas de publicación de las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma (1833-1919), el texto que vamos a analizar y evaluar y cuyo título es “La Protectora y la Libertadora” apareció, por primera vez, en “*Ropa vieja*”, de 1896. Reapareció luego en varios números de la revista de El Perú Ilustrado”. Martos, Marco (2016, p. 226). Posteriormente, se publicó en la séptima entrega de las *Tradiciones peruanas*, edición monumental realizada por la Universidad Ricardo Palma.

¿A quiénes apoda, nuestro ilustre tradicionista como “La Protectora” y “La Libertadora”?¹ Pues a dos ilustres mujeres ecuatorianas que vivieron a lo largo del siglo XIX, y cuyos nombres son: Rosa Campusano (Guayaquil, 1796- 1851) y Manuela Sáenz (Quito, 1796-Paita, 1856), respectivamente. Ambas, instaladas por su propia y libre voluntad en la virreinal y orgullosa Lima, participaron activamente en el proceso final de la independencia americana, acompañando a los dos grandes libertadores: José de San Martín (Yapeyú, 1778- 1850) y Simón Bolívar (Caracas 1783-1830).

Recurriendo a una segmentación narrativa, habitualmente empleada en su obra cumbre, Palma titula esta tradición como “La Protectora y la Libertadora”, colocando como subtítulo: (Monografías históricas). Seguidamente, consigna los sendos capitulillos I- Doña Rosa Campusano y II-Doña Manuela Sáenz, en los cuales presenta los datos acerca de estas dos recordadas mujeres, y finalmente agrega un tercer capitulillo, más breve, en el que repite el título general del texto: III- La Protectora y la Libertadora. Según información bibliográfica pertinente a dicha tradición, que recrea las vidas de estas dos célebres ecuatorianas durante los agitados años de las luchas contra la monarquía española (que se resistía a otorgar la

1 Ricardo Palma subtítulo este texto como “Monografías históricas”.

independencia), se publicó, como ya lo hemos señalado, en *Tradiciones peruanas*. Séptima serie. Ropa vieja. (Palma, 2015, p. 25)²

Otra característica digna de consideración para una lectura ponderada de estas páginas pergeñadas por nuestro tradicionista, es que -según confiesa- él tuvo el privilegio de conocer a cada de las protagonistas de la narración, en diferentes momentos de su dilatada y fructífera existencia de escritor y creador de las célebres *Tradiciones peruanas*.

Dicho privilegio es de resaltar, pues ambas damas ecuatorianas que residieron en el Perú, son un ejemplo de la participación en primera línea que mostraron durante la independencia americana, en circunstancias en que sus propias vidas corrían peligro, dado que estaba de por medio la lucha de hombres y mujeres patriotas que querían la libertad para sus respectivos pueblos de los colonizadores hispanos que persistían en mantenernos en condición subalterna.

Sin embargo, pese a los innegables méritos que Rosa Campusano y Manuela Sáenz alcanzaron como verdaderas patriotas y heroínas de la gran gesta de la independencia americana, ambas fueron objeto de insidias y de maledicencias, de parte de personas que, haciendo gala de una ideología patriarcal, machista y quizá xenófoba (que no ha caducado), las condenaron moralmente por haberse convertido, haciendo uso de su libertad individual, en compañeras sentimentales de uno y de otro de los principales gestores de nuestra liberación del yugo español.

Rosa Campusano fue discreta amante de don José de San Martín, mientras que Manuela Sáenz lo fue de modo más visible de

2 Para mayor información de las varias ediciones que han tenido las tradiciones palmistas, consúltese el artículo de Alberto Varillas (Aula Palma XVI, 2017).

Simón Bolívar. Los apelativos que emplea Palma para dar título a esta tradición, sin duda, no dejan de mostrar un tono irónico y risueño; pero no se toma en cuenta que, al margen de este tipo de relación que la sociedad condena formalmente, Rosa y Manuela dejaron sus pueblos y sus familias y se instalaron en un territorio que era el centro del poder colonial continental, y en ese escenario riesgoso, depositaron su propio honor y su nombre, en aras de un ideal que finalmente benefició a sus contemporáneos y a todas las generaciones posteriores que habitamos en estas inmensas tierras bañadas por dos océanos, atravesadas por la columna vertebral de la cordillera de los Andes y surcadas por grandes ríos, que recorren y hacen posible la vida en nuestros países.

Pese a que prácticamente, desde que se separaron de sus respectivos compañeros sentimentales, ambas mujeres lidiaron solas para llevar adelante sus difíciles vidas cotidianas, las personas que las rodearon y, principalmente, quienes habían estado ligadas a ambos libertadores, como colaboradores, se empeñaron en marginar y discriminar, de una u otra manera, a Rosa Campusano y a Manuela Sáenz. Y algunos ejemplos de estas actitudes de segregación o de agresión sutil o abierta, son evocados en algunos pasajes de las páginas que les dedicó Palma a una y a otra protagonista, como tendremos ocasión de mostrar.

Cabe destacar que, con el correr de los siglos, las figuras de ambas patriotas han sido reivindicadas, dentro de un contexto en el cual los valores de la sociedad patriarcal o de la ideología machista han retrocedido, pero no periclitado; y se ha abierto paso una visión más democrática e igualitaria con respecto a los decisivos roles que jugaron hombres y mujeres en diferentes momentos de la historia y en distintos campos de la actividad pública y privada. Tanto en el plano de la historiografía como en el de la ficción literaria, los dos personajes han sido apreciados desde una óptica más amplia y comprensiva.

A continuación, veamos el modo en que el insuperable arte narrativo de Palma se aplica con diligencia y eficacia a diseñarnos las imágenes de ambas damas. Para el efecto, combina sus recuerdos personales, ya que las conoció de cerca, con la investigación documental, a la cual era tan afecto. Como producto de esta búsqueda exhaustiva, el tradicionista comparte con sus lectores interesantes datos o detalles que dan mayor amenidad a su tradición y motivan a conocer más a fondo las existencias de estas dos patriotas y heroínas, como es justo llamarlas.

I. Doña Rosa Campusano ("La Protectora")

Para narrar los momentos más interesantes y pertinentes de la biografía de Rosa Campusano, Palma recurre al concurso inestimable de un narrador en primera persona, el personaje más importante de una historia, según el decir de Mario Vargas Llosa en sus *Cartas a un novelista* (1995). Y dentro de las opciones que existen en esta técnica del narrador que, también, es personaje, el escritor elige la voz pertinente, la de narrador testigo, en tanto será este el que, en calidad de tal, nos dé a conocer a los lectores, a través del testimonio de una observación y audiencia directas, la imagen de Rosa Campusano, protagonista de esta breve y verosímil evocación, debida a la pluma sabia e infatigable del autor de las *Tradiciones peruanas*³.

En su totalidad textual, la secuencia I, dedicada a recrear el perfil personal de Rosa Campusano, antecediéndola con el tratamiento cortés de "doña", está integrada por dos partes: la primera de ellas da cuenta del modo y las circunstancias en

3 Desde el punto de vista de la focalización, Palma elige la interna, en la cual "la percepción del narrador es la de uno o varios personajes" (Garrido, 2009, p. 114).

que el propio Palma, siendo entonces un adolescente y en edad escolar, tuvo la oportunidad de conocer a dicha dama, quien hacia 1847 era vecina de la capital del Perú. La segunda parte es producto del trabajo documental, de la consulta de las fuentes, mediante las cuales el tradicionista fundamenta cada una de las afirmaciones acerca de un personaje sometido a un escrutinio severo, de parte de quienes no la querían bien, por haber osado ser la amante del “Protector” San Martín.

Volviendo a la primera parte de la secuencia I, cabe precisar que ella se articula en base a dos hechos sucesivos que se integran plenamente, de acuerdo a los designios de un narrador que sabe elegir los recursos para darle unidad y diversidad a la historia que construye, con fluidez, párrafo a párrafo. En la fase inicial de la citada primera parte, el entonces joven Palma y su condiscípulo Alejandro asumen sus roles de personajes plenos de una historia que exhibe como escenario de los hechos relevantes “un colegio de instrucción preparatoria”, pues uno y otro son adolescente de 13 o 14 años, y por ello uno de los principales espacios de su quehacer cotidiano es un centro escolar.

En el curso de la narración, Ricardo Palma, personaje y narrador, alude a sí mismo en pocas líneas, puesto que él no es el protagonista de los sucesos, sino un testigo de los mismos. Además, debemos asumir que su propia imagen como la de su condiscípulo, son producto de sus recuerdos de aquellos lejanos años (ca. 1846), como de los que evoca en aquellos momentos en que decide como enunciador (varias décadas después), escribir acerca de esos hechos que son materia de la reconstrucción narrativa.

Habiéndose identificado a sí mismo como un adolescente de 13 o 14 años, a lo que antepone su ya reconocida condición de “tradicionista”, es decir, de un escritor prestigioso y por tanto digno de credibilidad, pasa a hablar de su condiscípulo

del pasado, al cual lo unía una amistad estrecha. En un primer breve párrafo nos da a conocer a su amigo y lo identifica como hijo único de don Juan Weniger, quien gozaba de una solvente situación económica, pues era propietario “de dos valiosos almacenes”. Y reserva las líneas finales de este párrafo introductorio a la mención no solo del nombre de su amigo (Alejandro), cuyas virtudes resalta, sino que en una suerte de prolepsis⁴, es decir, de conocimiento anticipado de la vida futura de este compañero de aventuras escolares, anuncia que “corriendo los tiempos, murió en la clase de capitán en una de nuestras desastrosas batallas civiles”. Y agrega que este personaje de grata y sentida recordación para nuestro tradicionista (cuajado en mil batallas en el campo de la vida, de la política y de la literatura), “simpatizaba mucho conmigo y en los días festivos acostumbábamos mataperrear⁵ juntos. ¡Qué añorado verbo el que nos ha obsequiado Palma, a nosotros, también “mataperros” de antaño!

Alejandro Weniger es, en esta fase inicial de la primera parte dedicada a su madre Rosa Campusano, el hilo conductor gracias al cual tanto el propio adolescente Palma, como nosotros, los lectores de hoy, llegamos a conocer a la heroína, que en aquellos años (los de la década de los cuarenta del siglo XIX), sobrevive austeramente, pues su etapa de esplendor al lado de José de San Martín es un asunto del pasado: han transcurrido veloces unos 25 años desde su época de fugaz esplendor al lado del Protector. Y otra vez, el azar es el que desencadena la sucesión de hechos, en apariencia, sin mayor trascendencia, los que nos llevan hasta la morada de la protagonista.

4 Garrido “la prolepsis sitúa un acontecimiento en el relato que tiene lugar con posterioridad en el tiempo de la historia”. Libro I. Fundamentos del lenguaje literario (2009, p.114).

5 Este vocablo de uso juvenil y popular figura en el *Diccionario de Peruanismos* (Calvo, 2016, p. 612).

Y para ofrecer una visión certera y amena del devenir de los sucesos relevantes, el narrador, cumpliendo su función de testigo, nos confía detalles de la vida de su condiscípulo: Alejandro Weniger era interno y los domingos los pasaba en casa de su padre, hombre huraño, según Palma. Y hasta dicho domicilio iba con frecuencia el futuro tradicionista a visitar a su amigo y, al nunca ver la presencia de una mujer, llegó a concluir que era huérfano.

Pero el detalle más impactante en relación con las peripecias del colegial es que, como suele ocurrir en la vida escolar, Alejandro Weniger se vio envuelto en un lío de palabras con otro alumno y éste, “con aire de quien lanza abrumadora injuria le gritó:

-“¡Cállate, protector!”.

La reacción inmediata del agredido fue la de asestar en la boca de su rival “tan rudo puñetazo que le rompió un diente”⁶.

La violenta respuesta de Alejandro causó sorpresa en los que presenciaron el desenlace del sangriento episodio escolar⁷, en especial porque todos, entre ellos el futuro tradicionista y lexicógrafo, no se explicaban el motivo de fondo que había llevado al adolescente Weniger a actuar de ese modo tan violento. Con seguridad, la mayoría de estudiantes ignoraba el significado cifrado y misterioso de la palabra “protector”, y

6 Este incómodo incidente nos ha hecho recordar lo que le ocurrió al también joven personaje de ficción, Juvenal, de la novela *La distancia que nos separa* (2015), de Renato Cisneros. En una escena equivalente, Juvenal Cisneros, de nueve años de edad, se lía a golpes con un condiscípulo, y éste derrotado por aquel (que vive en condición de exiliado con su padre), le espetó la siguiente expresión que dejó intrigado y preocupado a Juvenal: “¡Por lo menos yo no comparto a mi papá como tú!” (Cisneros, 2015, pp. 2- 21).

7 En diversos relatos de la narrativa breve, las anécdotas giran en torno a peleas o violencia física en el mundo escolar. Por ejemplo, en “El amigo Braulio”, de González Prada; “Paco Yunque” y “El vencedor” de César Vallejo.

por ello, todos repetían la siguiente interrogante para tratar de entender el porqué del contundente “puñetazo:

“-¡Protector! ¡Protector! –murmurábamos-. ¿Por qué se habrá afarolado⁸ tanto este muchacho?” (Palma, 2015, p. 246). Lo cierto es que nadie pudo despejar en ese momento el significado enigmático del término “protector”, que tantas connotaciones adversas había provocado en el espíritu de Alejandro Weniger, pero que él, sin duda, estaba en el secreto, por lo menos en parte, del significado ofensivo que esta palabra poseía para él y su madre. De ahí que su reacción debe entenderse como el deseo de defender su honor, aunque dice el tradicionalista que nunca había oído hablar de ella⁹.

Después de ese incidente, una tarde cualquiera, el adolescente Palma recibió la invitación de Alejandro para llevarlo a su casa, a fin de que conozca a su madre. Y esta breve secuencia final de la primera parte del texto, que tiene como motivo central la figura de Rosa Campusano es, desde el punto de vista de la importancia histórica, lo más relevante de esta tradición porque en ella se encuentran, quizá por única vez, el futuro creador de nuestras tradiciones y uno de los seres reales que, con los años, pasará a ser uno de los muchos personajes de la vasta producción narrativa del gran escritor peruano. Pero es evidente que el escolar Palma no fue, en ese momento, consciente de lo histórico de ese momento que vivía en la simple condición de amigo de Alejandro.

Lo singular de la visita es que el adolescente Palma fue conducido hasta “los altos del edificio en que está situada la

8 “afarolado” “Dicho de un lance o una suerte: en que el diestro se pasa el engaño por encima de la cabeza”. (2014, Tomo I, p. 53). Edición del Tricentenario.

9 Palma tampoco explica en alguna parte que, con dicho vocablo, ese anónimo alumno se estaba refiriendo a la etapa del “Protectorado”, que estableció el general José de San Martín durante su permanencia en el Poder, en Lima. Cf. (Tauro, 1987. Tomo V, p. 1690).

Biblioteca Nacional, y cuyo director, que lo era por entonces el ilustre Vigil, concedía habitación gratuita a tres o cuatro familias que habían venido a menos”. (Palma, 2015, p. 246)¹⁰. Después de señalar la extensión breve (apenas dos cuartos) de la vivienda de la madre de su amigo, Palma traza un retrato elogioso de la señora “que frisaba en los cincuenta”, pero que “veinte años atrás debió de haber sido mujer seductora por su belleza y trabucado el seso a muchos varones en ejercicio de su varonía” (Palma, 2015, p. 246). Agrega algunos detalles más acerca de doña Rosa Campusano y la tipifica como “la mujer que en la crónica casera de la época de la Independencia fue bautizada con el apodo de la “Protectora”, y cuya monografía voy a hacer a la ligera”.

De ese modo concluye el tradicionista la evocación de su personaje, basada en su recuerdo personal, y ofrece completar la imagen de ella, recurriendo a la información documental que ha registrado diversos hechos de la existencia de Rosa Campusano, que son anteriores a la fecha de nacimiento del escritor, de modo que lo que nos ha contado corresponde a los años en que ambos fueron coevos¹¹, aunque pertenecían a generaciones diferentes.

Cabe señalar que la segunda parte de la tradición dedicada a recordar los hechos protagonizados por Rosa Campusano en los años decisivos de la lucha de los patriotas contra los realistas, equivale a lo que en otros textos del escritor limeño se denominan los “parrafillos históricos”, y estos también lo

10 Sin duda, Palma se refiere a Francisco de Paula González Vigil (Tacna 1792-Lima, 1875), más identificado por su apellido materno, como suele ocurrir. Congresista en varias ocasiones, fue nombrado por Ramón Castilla como Director de la Biblioteca Nacional, aunque antes ya lo había sido. (Tauro, 1987. Tomo 6, p. 2235).

11 Coevo. Dicho de personas o de cosas. Que existieron en un mismo tiempo. (2014, p. 562)

son, y es en ellos donde mejor luce el estilo palmista que hace una venia cortés a la información histórica documental y, en cambio, sonrío y guiña el ojo a “la crónica casera”; y con ello confirma la esencia de su tradición que consiste como lo ha dicho el propio Palma, en tener “estilo ligero, frase redondeada, sobriedad en las descripciones, rapidez en el relato, presentación de personajes y caracteres en rasgo de pluma, diálogo sencillo a la par que animado, novela en miniatura, novela homeopática, por decirlo así, eso es lo que, en mi concepto, ha de ser la Tradición”. (González, 1990, p. 200).

Palma se esmera en hacer un relato cronológico de la vida de su heroína, con señalamiento de aquellos varios hechos en los que resalta la actuación de Campusano como una patriota que, incluso, sufrió prisión, por estar a favor de la causa de la libertad, pese a que la información valiosa que obtenía de parte de los españoles era conseguida de manera sutil y secreta, de manos de quienes, atraídos por sus encantos personales, no vacilaban en revelar detalles valiosos de los planes realistas, que iban directamente a la base de datos de la información¹² que atesoraban los patriotas, acantonados en Huaura y próximos a ingresar a Lima, centro de poder virreinal, como en efecto ocurrió. Y fue, sin duda, Rosa Campusano, una de las personas que más contribuyó con el triunfo en la lucha por la Independencia, coronada en su primera fase por la presencia y liderazgo del general José de San Martín, quien llegó a establecer una relación sentimental con la dama ecuatoriana. Dicha vinculación fue siempre discreta y se mantuvo lejos de la curiosidad pública, pero el *affaire* trascendió y dio lugar a la imposición del apodo de “protectora”.

12 En la actualidad, la actividad de “apropiación” sutil de información clave sobre un enemigo para que llegue a manos del bando opositor suele denominarse una “labor de inteligencia”.

De otro lado, Palma en su evaluación y defensa de los méritos de Rosa Campusano no vacila en polemizar y estar en contra del explorador británico, William Bennet Stevenson, secretario de Lord Cochrane, quien por el encono que sentía por José de San Martín, juzgó que el Protector había procedido mal al entregar una distinción que tenía banda bicolor (blanco y rojo), otorgada a las caballerizas. Y lucía una inscripción que decía “Al patriotismo de las más sensibles”.

Palma es enfático en descalificar el pensamiento patriarcal y prejuicioso de Stevenson y señalar que “Es seguro que a ninguna otra de las caballerizas debió la causa libertadora servicios de tanta magnitud como los prestados por doña Rosa. En la hora de la recompensa y de los honores no era lícito agraviarla con ingrato olvido”. Como afirma el tradicionalista, con la partida de José de San Martín se eclipsó la estrella de doña Rosa Campusano. “Con Bolívar debía lucir otro astro femenino”.

Antes de dedicar nuestra atención al modo en que Palma recrea el perfil de Manuela Sáenz, queremos destacar la calidad del artículo titulado “Rosa Campusano: patriota comprometida vista por la tradición de Palma y el historiador Germán Leguía”, cuyo autor es el historiador Arnaldo Mera Ávalos, miembro distinguido del Instituto Ricardo Palma de la Universidad del mismo nombre¹³. La precisión del título del texto de Mera Ávalos resalta lo fundamental de la existencia de Rosa Campusano. Ella es nada menos que una “patriota comprometida” con el ideal de la independencia de nuestros países hermanos. Por eso, no duda en dejar su ciudad de nacimiento (Guayaquil) y se desplaza para llegar al espacio, al tiempo y a la elevada tarea patriótica que le asignó la historia a esta mujer que trascendió las fronteras de su biografía personal y se ha proyectado a la inmortalidad.

13 Mera Ávalos, Arnaldo (Aula Palma. 2016. XV: 195-208)

Al realizar la documentada y esclarecedora reivindicación de nuestra heroína, el historiador Mera Ávalos analiza y subraya los méritos artísticos de la tradición palmista que estamos examinando. Asimismo, revalora el trabajo de investigación “del connotado historiador Germán Leguía y Martínez, en su libro *Historia del Protectorado*, obra escrita al cumplirse el centenario de nuestra independencia en 1921, pero que, como bien sabemos, quedó inédita hasta que en 1971 la sacó a la luz Alberto Tauro del Pino” (Mera, 2016).

II. Doña Manuela Sáenz

En esta misma tradición, Palma, en una suerte de breves vidas paralelas, a la manera de Plutarco, también incluye algunas páginas acerca de otra de las mujeres ecuatorianas, en este caso, quiteña, Manuela Sáenz, quien también cumplió un papel descollante en los años en que retirado José de San Martín, del liderazgo en la lucha por la Independencia, el general Simón Bolívar, identificado finalmente como el Libertador de cinco naciones, tuvo como una de sus compañeras sentimentales a la célebre y recordada quiteña.

Sin duda, Manuela Sáenz desempeñó un papel más protagónico en relación, particularmente, con Simón Bolívar, y por ello se le denominó “La libertadora del Libertador”, y aun podríamos denominarla la “Salvadora de Bolívar”, porque le salvó la vida en una circunstancia en que un grupo de ex colaboradores del Libertador intentó acabar con la vida de este. Al respecto, dice el historiador Tauro del Pino que “en Bogotá (Bolívar) salvó de un atentado gracias a la serena altivez de Manuelita Sáenz (25-IX-1828) (Tauro, 1987, p. 313).

El escritor colombiano Gabriel García Márquez, en su novela *El general en su laberinto* (1986), recrea aquella escena clave en

que doña Manuela Sáenz protege la vida de Bolívar y permite que este pueda salir de la casa donde pernoctaba con ella. Con la fortaleza de sus 32 años, la favorita del Libertador tuvo la entereza de enfrentarse a los enemigos y permitió que el general venezolano pudiera huir y ponerse a buen recaudo.

Este peligroso episodio de la historia debió conmover especialmente a Palma, gran viajero por territorios peruanos, americanos y europeos, que estuvo a punto de perder la vida hasta en dos ocasiones: la primera cuando se desempeñaba como guardiamarina-contador en el buque Rímac que colisionó con una formación rocosa en Marcona, y la segunda, como ayudante del comandante José Gálvez, en el célebre Combate del Dos de Mayo en el que el Perú selló para siempre su independencia.

Además, nuestro tradicionista tuvo también el privilegio de conocer a Manuela Sáenz, pero en circunstancias diferentes a las que vio a Rosa Campusano. Don Ricardo trabajaba entonces como contador en la corbeta Loa, con ese motivo recorría la costa peruana y en una de esas ocasiones recaló en Paita. Pese a los atractivos que ofrecía dicha bahía, no bajó al puerto y prefirió permanecer en el barco, leyendo algún libro o conversando con algunos de sus compañeros.

Quiso el destino que en una de las pocas oportunidades en que bajó de su nave, en compañía de “un joven francés dependiente de comercio” y caminó por calles incómodas, su acompañante provocó el interés de don Ricardo, de por sí curioso, con las siguientes palabras:

- ¿Quiere usted, don Ricardo, conocer lo mejorcito que hay en Paita? Me encargo de presentarlo y será bien recibido”.

Palma que era un joven de veintitrés años, pensó que su amigo le iba a presentar “alguna linda muchacha; y como

a los 23 años el alma es retozona y el cuerpo pide jarana, contesté sin vacilar:

-A lo que estamos, benedicamos, franchute. Andar y no tropezar.

-Pues en route, mon cher. (Palma, 1953, p. 193).

Ambos echaron a andar y se detuvieron en “una casita de humilde apariencia”. Palma describe el mobiliario y se fija al final en una cómoda hamaca de Guayaquil. Y presidiendo esa austera morada “y con la majestad de una reina sobre su trono, estaba la anciana que me parecía representar sesenta años a lo sumo. Vestía pobremente, pero con aseo, y bien se adivinaba que ese cuerpo había usado en mejores tiempos gro¹⁴, raso y terciopelo”. (Palma, 2015, p. 250).

Nuestro tradicionista abunda en algunos datos que realzan la figura de esta mujer, en que se adivinaba el aura de un fuego vital, pero lo decisivo para entrar en diálogo con ella, es la presentación que su amigo el “franchute” realiza, con grandes elogios al joven que ese día tenía frente a sí a una mujer que había jugado roles protagónicos al lado de Simón Bolívar. Apreciemos la escena del encuentro de la célebre dama con quien luego evocaría esos momentos históricos en algunas páginas de sus memorables tradiciones. Por cierto, el narrador no se olvida del “franchute” que propició la visita a la casa de la ilustre quiteña:

-Mi señora doña Manuela –dijo mi acompañante-, presento a usted este joven, marino y poeta, porque sé que tendrá usted gusto en hablar con él de versos.

-Sea usted, señor poeta, bien venido a esta su pobre casa

14 El “gro” es un tipo de tela de seda sin brillo, pero con más cuerpo que el tafetán.

—contestó la anciana, dirigiéndose a mí con un tono tal de distinción que me hizo presentir a la dama que había vivido en alta esfera social.

Y con ademán lleno de cortesana naturalidad, me brindó asiento.

Nuestra conversación en esa tarde fue estrictamente ceremoniosa. En el acento de la señora había algo de la mujer superior acostumbrada al mando y a hacer imperar su voluntad. Era un perfecto tipo de la mujer altiva. Su palabra era fácil, correcta y nada presuntuosa, dominando en ella la ironía (Palma, 2015, p. 250).

Ciertamente, Manuela Sáenz había llevado una vida más arriesgada y protagónica que Rosa Campusano, porque iba con su temperamento pasional y con su existencia consagrada a luchar por ideales de los hombres y mujeres de su época, que tomaron conciencia de la necesidad de romper el yugo del pesado colonialismo español, y de buscar, a través de la lid y del sacrificio de sus fuerzas y honras, los nuevos caminos para realizarse como naciones que querían progresar en libertad y deseaban reivindicar a las masas de seres humanos que por razones de color, raza, religión, idioma, género y otros prejuicios absurdos, habían sufrido y aun hoy padecen todo tipo de abusos e injusticias en sus mismos lugares de nacimiento. Era, pues, el momento de comenzar a cerrar con ese régimen ignominioso del colonialismo y avizorar nuevos caminos de realización individual y social, que no se han alcanzado aún en pleno siglo XXI.

Después de esa primera oportunidad en que Manuela Sáenz y Ricardo Palma coincidieron en la casa de la primera, surgió una cordial amistad entre ambos, y cada vez que el ilustre escritor tenía oportunidad de llegar al puerto de Paita siempre la visitaba.

Aunque la legendaria quiteña vivía en la austeridad económica, no dejaba de agasajar a su visitante con dulces preparados por ella misma, pese a que su salud estaba quebrantada. De otro lado, según nuestro memorioso narrador, su amable anfitriona no gustaba de hacer confidencias acerca de su pasada vida, al lado del Libertador y de otras notables personalidades con las que había alternado en los años de lucha por la Independencia.

Como dato último de la primera parte en que da cuenta de su contacto personal con Manuela Sáenz, Palma señala que esta llegó a Paíta hacia 1850 y durante algún tiempo recibía a distinguidos viajeros que deseaban conocer “a la dama que logró encadenar a Bolívar”. Pero cuando se dio cuenta de que se exponía a recibir visitas impertinentes, resolvió ser más selectiva con las personas a quienes recibía en su hogar. Paíta es un lugar importante en la existencia terrena de la heroína y sobre este aspecto, Marco Martos, poeta, lector y estudioso palmista ha elaborado un ameno e informado artículo titulado “Paíta en una tradición de Ricardo Palma”, y del cual ofrecemos su “resumen”, para que los interesados aprecien una visión sintética de lo elaborado por Martos y lean completo su texto sobre Palma:

Aunque preferentemente limeñas, las tradiciones de Ricardo Palma abarcan buena parte del territorio nacional. La ponencia se detiene en analizar aquella en la que aparece Manuelita Sáenz en su edad proveyta, en el puerto de Paíta. El trabajo se complementa con referencias a un libro, *La Nantuca de Maintope* de Miguel Cortés, un autor piurano (2016, pp. 223-235)

Igual que en la primera parte dedicada a Rosa Campusano, en esta “monografía” segunda, todo lo anteriormente reseñado corresponde a la impresión personal que produjo en Palma el privilegio de conocer y de tratar a la ilustre ecuatoriana. De

ahí en adelante, su prosa galana esboza en trazos ágiles “la biografía de nuestra amiga”, como la llama. La existencia de doña Manuelita Sáenz fue mucho más activa, arriesgada y protagónica que la de su connacional Rosa Campusano. En lo que Palma denomina “la biografía”, señala los varios momentos que ilustran la altivez y espíritu de rebeldía que caracterizan a Sáenz desde sus años escolares, pese a ser integrante de una familia acomodada y de haber recibido educación esmerada en un colegio de monjas.

Una de sus primeras decisiones consistió en casarse con Jaime Thorne, “médico inglés, que pocos años más tarde vino a residir a Lima, acompañado de su esposa”. El matrimonio no fue muy armonioso y una prueba de ello es que la inquieta Manuelita regresó a su natal Quito y ese viaje, dice Palma, debió ser a fines de 1822 porque “entre las ciento doce caballeras de la Orden del Sol figura la señora Sáenz de Thorne, que indudablemente fue una de las más exaltadas patriotas”. Este dato es muy importante porque indica que Sáenz había optado por la causa patriótica aun antes de conocer a Bolívar (Lander, 2011, p. 223).

Aquel mismo año de 1822 fue el del encuentro de Manuela Sáenz con Simón Bolívar, porque luego de la victoria de Antonio José de Sucre en Pichincha, en mayo de 1822, el Libertador en persona llegó a Quito “y en esa época principiaron sus relaciones amorosas con la bella Manuelita, única mujer que, después de poseída, logró ejercer imperio sobre el sensual y voluble Bolívar” (Palma 2015, p. 251).

Además, Manuela Sáenz participó activamente, incluso en hechos de armas, como lo prueba el que, durante la permanencia del Libertador en Lima, ella se había quedado en la capital ecuatoriana dedicada a menesteres políticos, “lanza en ristre, dice Palma, y a la cabeza de un escuadrón de caballería, sofocó

un motín en la plaza y calles de Quito”. Palma (2015, p. 251). Y a pocos días de realizarse la definitiva batalla de Ayacucho, la combativa quiteña se reencontró con Bolívar en Huaura.

Dado que la relación de esta pareja de protagonistas incluyó varios desplazamientos, motivados por el curso de los sucesos bélicos y por las reacciones que suscitaba la figura del general venezolano, en un contexto no del todo favorable, ella, que se había disfrazado de hombre para ingresar a uno de los cuarteles, con el objeto de detener la “revolución encabezada por Bustamante contra la Vitalicia de Bolívar”, fracasó en dicho propósito y fue conminada a dejar el país: se marchó a Bogotá para juntarse con Bolívar. En la capital colombiana, los dos hicieron “vida enteramente conyugal, y la sociedad bogotana tuvo que hacerse de la vista gorda ante tamaño escándalo. La dama quiteña habitaba en el palacio de gobierno con su amante”. (2015, p. 252). Sin duda, ese fue uno de los mayores desafíos que la pareja infligió a la moral de la conservadora capital colombiana.

Palma también destaca otro suceso que muestra la actitud nada vengativa de Manuela Sáenz, contra los enemigos políticos de ella y de Bolívar. Leamos:

Corazón altamente generoso, obtuvo doña Manuela que Bolívar conmutase en destierro la pena de muerte que el Consejo de Guerra había impuesto, entre otros de los revolucionarios, a dos que fueron los que más ultrajes la prodigaron. Bolívar se resistía a complacerla; pero su amada insistió enérgicamente y dos existencias fueron perdonadas. ¡Nunca una favorita pudo emplear mejor su influencia para practicar acción más noble! (2015, p. 252)

III. “La Protectora y la Libertadora”

En la tercera y última parte de la tradición, Palma realiza una suerte de síntesis comparativa de las dos personalidades, a cada una de las cuales ha dedicado sendas páginas con retratos dinámicos y amenos que nos han ayudado a formarnos imágenes vívidas de estas dos mujeres ecuatorianas del siglo XIX, que estuvieron y están vinculadas a la sociedad peruana desde la antepasada centuria hasta hoy y mañana, porque cumplieron acciones sobresalientes que debemos recordar, como lo hace el tradicionista en la tradición leída. Ambas pusieron su cuota de patriotismo para que nuestro país se independizara y alcanzara el status de nación, con un régimen de república democrática y dueña de su destino, aunque este gran ideal es “una promesa de la vida peruana” que aún no se ha cumplido a cabalidad, como anhelaba el historiador Jorge Basadre.

La calidad estilística de nuestro máximo tradicionista, que ha logrado la proeza narrativa de mantener nuestro interés por las vidas paralelas de estas dos emblemáticas mujeres, reluce aún más en los párrafos (unos muy breves, otros más extensos) que establecen contrastes pertinentes que corresponden a las características físicas y espirituales de Rosa Campusano y de Manuela Sáenz. Preciándose de haber tenido la “buena suerte de conocer y tratar a la favorita de San Martín y a la favorita de Bolívar, puedo establecer cardinales diferencias entre ambas. Física y moralmente eran tipos contrapuestos” (Palma, 2015, p. 253).

Después de haber sintetizado su visión de Rosa Campusano y Manuela Sáenz, Palma dedica, a veces, párrafos completos a cada una de ellas, y en otros pasajes dirige su mirada a las dos y valiéndose de los apodos, de los pronombres, de la riqueza de los nombres y de los adjetivos, además de los valores que aportan las demás palabras, consigue ofrecernos perfiles de

Rosa y de Manuela en relación con sus polémicos contextos espacio-temporales.

Apreciemos el primer gran contraste que establece el tradicionista entre las dos mujeres a quienes conoció en diferentes momentos no solo de la vida de las dos “caballeresas”, sino del propio escritor, pues visitó a la señora Rosa Campusano cuando ella frisaba los cincuenta años y él era un colegial, mientras que vio por primera vez a Manuela Sáenz ya anciana y él vivía a plenitud sus veintitrés años cuando “el alma es retozona y el cuerpo pide jarana”. (2015, p. 249). A cada una le dedica un breve, pero enjundioso párrafo. Nos dice:

En la Campusano vi a la mujer con toda la delicadeza de sentimientos y debilidades propias de su sexo. En el corazón de Rosa había un depósito de lágrimas y de afectos tiernos, y Dios le concedió hasta el goce la maternidad, que negó a la Sáenz.

Doña Manuela era una equivocación de la naturaleza, que en formas esculturalmente femeninas encarnó espíritu y aspiraciones varoniles. No sabía llorar, sino encolerizarse como los hombres de carácter duro (Palma, 2015, p. 253).

En la prosa del escritor se percibe las huellas de su alma de poeta, amante de la expresión de los sentimientos, a través del uso de un lenguaje romántico. Pero también se advierte rasgos de una visión tradicional de la mujer, propia de su tiempo.

En el siguiente párrafo, Palma recurre a los apodos de las dos damas para resaltar otros contrastes que diferencian a Rosa de Manuela. En esta comparación, el eje semántico es el del ambiente en el que preferían vivir una y otra. Nos dice el narrador que:

La Protectora amaba el hogar y la vida muelle de la ciudad, y la Libertadora se encontraba como en su centro en medio de la turbulencia de los cuarteles y del campamento. La primera nunca paseó sino en calea. A la otra se la vio en las calles de Quito y en las de Lima cabalgada a manera de hombre en brioso corcel, escoltada por dos lanceros de Colombia y vistiendo dolmán rojo con brandenburgos de oro y pantalón bombacho de cotonía blanca (Palma, 2015, p. 254).

Constituye un deleite para el lector, comprobar la capacidad y la calidad de Palma, al elegir, con acierto, diferentes matices que distinguen a una y a otra, y con el propósito de aludir a aspectos relacionados con la femineidad de ambas damas, el escritor limeño no vacila en puntualizar ciertos detalles de carácter polémico, como cuando señala que:

La Sáenz renunciaba a su sexo, mientras la Campusano se enorgullecía de ser mujer. Ésta se preocupaba de la moda en el traje, y la otra vestía al gusto de la costurera. Doña Manuela usó siempre dos anillos de oro o coral por pendientes, y la Campusano deslumbraba por la profusión de pedrería (Palma, 2015, p. 254).

Otra paradoja que resalta nuestro tradicionista es que “la primera (Sáenz) educada por monjas y en la austeridad de un claustro, era librepensadora. La segunda (Campusano), que pasó su infancia en medio de la agitación social, era devota creyente” (Palma, 2015, p. 254). Esta diferencia no impidió que ambas cumplieran roles decisivos en aquellos años en que el régimen colonial ingresaba a su ocaso, y el perfil de las nuevas naciones emergía en el horizonte de aquel tiempo recio.

No podemos dejar de lado el siguiente párrafo, en el que se establece lo diferente que eran Rosa Campusano y Manuela

Sáenz en el plano de las acciones bélicas que enfrentaban a fuerzas contrapuestas, de un lado los patriotas y del otro, los realistas. Ante dicho desafío, Palma relata:

Aquella dominaba sus nervios, conservándose serena y enérgica en medio de las balas y al frente de lanzas y espadas tintas en sangre o del afilado puñal de los asesinos. Ésta sabía desmayarse o *disforzarse*, como todos esos seres preciosos y engreídos que estilan vestirse por la cabeza, ante el graznar fatídico del búho o la carrera de asustadizo ratoncillo (Palma, 2015, p. 254).

Al recorrer las líneas del cada una de las tres partes de la tradición de “La Protectora” y la Libertadora” comprobamos que el acucioso narrador, además de referirse a elementos que tienen que ver con el arreglo personal, con el estilo de la ropa, rubros propios del mundo femenino, también aborda en varios párrafos el tópico de los gustos literarios de las dos protagonistas y confirma que hasta en ellos “había completa oposición”. Y a través de datos puntuales relativos a los años finales del período colonial, informa que “el nombre de doña Rosa Campusano figuró en el registro secreto del Santo Oficio de Lima por lectora de *Eloísa y Abelardo* y de libritos pornográficos”. Y añade:

Lluvia de librejos tales hubo en Lima por aquel año, y precisamente la persecución que los padres de familia emprendieron para que aquellos no se introdujesen en el hogar, hizo que hasta las mojígas se diesen un buen atracón de lectura para tener algo que contarle al fraile confesor en la cuaresma (Palma, 2015, p. 254).

Por su lado, Manuela Sáenz leía a Tácito y a Plutarco, estudiaba la historia de la península en el padre Mariana y la de América en Solís y Garcilaso. “Era apasionada de Cervantes”. y prefería la poesía de Cienfuegos, Quintana y Olmedo. Por cierto “se

sabía de coro el Canto a Junín”, oda creada por José Joaquín Olmedo y dedicada a la figura epónima de Simón Bolívar. Y el tradicionalista agrega:

En la época en que la conocí, una de sus lecturas favoritas era la hermosa traducción poética de los *Salmos* por el peruano Valdés. Doña Manuela empezaba a tener ráfagas de ascetismo, y sus antiguos humos de racionalista iban evaporándose (Palma, 2015, p. 255).

Palma culmina su tradición manifestando sus preferencias personales con respecto a cada una de las protagonistas, cuyas biografías sintéticas comparte con sus lectores. Con aires de cortés galán confiesa:

Decididamente, Rosa Campusano era toda una mujer, y sin escrúpulo, a haber sido yo joven en sus días de gentileza, me habría inscrito en la lista de sus enamorados...platónicos. La Sáenz, aun en los tiempos en que era una hermosura, no me habría inspirado sino el sentimiento de amistad que le profesé en su vejez.

La Campusano fue la mujer-acápíte.

La Sáenz fue la mujer-hombre (Palma, 2015, p. 255).

De lo dicho por Palma, podemos concluir que Rosa Campusano y Manuela Sáenz llegaron a abrazar la causa de la libertad no solo por motivos afectivos y sentimentales, sino porque eran personas cultas, que habían bebido ideas e historias creadas por grandes pensadores y escritores de la cultura occidental. Recordemos que el siglo XVIII es el llamado “Siglo de las Luces”¹⁵, y fue

15 Ese es también, el título de la gran novela de Alejo Carpentier, *El siglo de las luces* (1962), dedicada a recrear la atmósfera revolucionaria que se inició en la propia Europa y que se propagó por todo el continente americano, hasta desembocar

en esa centuria que se consolidó la Independencia americana, cuyo bicentenario se cumplió hace dos años. Y el próximo 2024 estaremos recordando la batalla de Ayacucho, que consolidó la libertad de los países sudamericanos. En esa ocasión también serán recordadas las protagonistas de la tradición, en especial, Manuela Sáenz que estuvo cerca a Bolívar, en ese tramo final de los sucesos revolucionarios.

Vigencia actual y reivindicación de las dos heroínas

Cuando Palma dio cima a la escritura de esta tradición alusiva a “La Protectora” y a “La Libertadora”, ambas mujeres, por sus acciones patrióticas y por su vinculación amorosa a los principales gestores de la independencia americana, eran ampliamente conocidas no solo en el Ecuador, patria de las dos, sino también en los países hispanoamericanos y aun en ámbitos más amplios, porque la lucha y la victoria alcanzada por nuestros antepasados del siglo XIX fue un movimiento de repercusión mundial.

Pero por el hecho de ser mujeres, muchos de sus contemporáneos y la posteridad no siempre han sido justos al ocuparse de ellas en el ámbito del discurso historiográfico o de la “crónica casera” no solo de la independencia sino en etapas más recientes de nuestro proceso histórico.

Una primera observación al respecto es que, en los casos de ambas protagonistas, si bien sus nombres propios no han sido olvidados, han pasado a un segundo plano y esa postergación, de hecho, implica una descalificación en tanto se critica, veladamente, el que una y otra hayan sido amantes de los dos reconocidos héroes. La comprobación de que ese es el sentido

en las revoluciones que alteraron el mapa geopolítico de aquellos tiempos de ideas y de acciones transformadoras.

con que se emplean los apodos, se puede ver en la anécdota del escolar que a modo de insulto llama “protector” al hijo de Campusano, y la reacción violenta de este confirma que él siente esa palabra como una ofensa a él y a su madre. Como bien dice Dora Bazán, citando a Espronceda, “El nombre es el hombre y la primera fatalidad su nombre”. (Bazán, 2009, p. 29). De modo que es aconsejable llamar y recordar a las personas por sus nombres y no por sus apodos.

De otro lado, queremos subrayar lo importante que ha sido para nosotros releer la tradición de Palma y acudir a una parte de la inmensa bibliografía y hemerografía nacional y extranjera que circula en forma impresa y a través de las redes virtuales. Incluso, hace algunos años tuvimos la oportunidad de ver una serie televisiva proyectada por Netflix en la que se recrea ficcionalmente y con el poder persuasivo del lenguaje audiovisual, la agitada y combativa vida de Manuela Sáenz.

Como uno de los miles o cientos de miles de lectores que Palma ha tenido, tiene y tendrá, he corroborado la condición de autor clásico de las letras en idioma español, de que goza el inmortal autor de las *Tradiciones peruanas*, su máxima creación literaria, pero no la única, porque el patriarca de nuestras expresiones literarias es uno de los más polifacéticos y prolíficos escritores que el Perú ha aportado a la modernidad. Y empleo este último concepto porque coincido con lo que afirma el estudioso palmista José Luis Ramos Salinas, de Arequipa, quien señala con acierto que el año de 1919, en que el tradicionista fallece, corresponde a “una época en que la modernidad va a sufrir una de sus primeras y más severas crisis” (Ramos, 2007, p. 135).

Basándose en esa sugestiva idea, propone el estudioso arequipeño leer y releer a Palma para descubrir que su óptica creativa transforma categorías fundamentales no solo del arte narrativo, sino de la visión del mundo que poseemos en la actualidad,

y en la cual se produce una confluencia o contraposición entre la premodernidad, la modernidad y la posmodernidad. De alguna forma, lo cual habla de su universalidad y de su contemporaneidad, Palma ofrece en sus tradiciones una mirada innovadora del espacio (ya no hay fronteras), del tiempo (vivimos en un tiempo atemporal) y del cuerpo (sobrevivimos en una sociedad virtual, donde lo físico se ha enrarecido). Y agregaría que nosotros somos ahora sobrevivientes de la feroz pandemia que azoló el mundo en los muy recientes años. En este crucial contexto, leer y releer a Ricardo Palma es una de las opciones vitales e intelectuales más plenas.

Finalmente, reitero mi reconocimiento a dos autoras consultadas con motivo del presente escrito. En primer lugar, hago referencia a un valioso artículo de María F. Lander, en el que analiza con lucidez y exhaustividad “tres textos creativos de distintos géneros que recrean, en el actual siglo, la imagen de Manuela Sáenz, la famosa amante del Libertador sudamericano Simón Bolívar”. También resalto la calidad de la biografía *Manuela Sáenz, la heroína olvidada*, de la escritora peruana Linda Lema Tucker (2018), en cuyas páginas se destaca que la aguerrida quiteña combatió en las decisivas batallas de Junín y de Ayacucho, con las cuales se alcanzaron la independencia americana.

Referencias bibliográficas

Calvo, J. (2016). *Diccionario de peruanismos*. Lima, Academia Peruana de la Lengua y Compañía Minera Buenaventura.

Garrido, M. (2009) *El lenguaje literario. Vocabulario crítico*. Madrid, Editorial Síntesis.

González, R. (1990). *Retablo de autores peruanos*. Lima, Ediciones Arco Iris.

Hernández, M. (2010). Rosa Campusano, la espía que amó al Libertador. *El Comercio*. Lima, 1 de agosto, p. A 12.

Holguín, O. (2001). *Páginas sobre Ricardo Palma (Vida y obra)*. Lima, Editorial Universitaria, Universidad Ricardo Palma.

Hoyos, P. (1994). *De Cortés a García Márquez. Ensayos de literatura hispanoamericana*. Lima, Editorial Lumen.

Lander, M. (2011). La encrucijada de Manuela Sáenz en el imaginario cultural latinoamericano del siglo XXI. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*. Año 13, N° 25. Primer semestre.

Lema, L. (2018). *Manuela Sáenz, la heroína olvidada*. Lima, Grupo Editorial Arteidea.

Martos, M. (2016). Paita en una tradición de Ricardo Palma. *Aula Palma XV*. Año 15, N° 15, diciembre.

Mera, A. (2016). Rosa Campusano: patriota comprometida vista por la tradición de Palma y el historiador Germán Leguía. *Aula Palma XV*. Año 15, N° 15, diciembre.

Palma, R. (2015). *Tradiciones peruanas*. Séptima / Octava series. Lima, Editorial Universitaria, Universidad Ricardo Palma.

Tauro, A (1987). *Enciclopedia Ilustrada del Perú*. Lima, Editorial Peisa.

Recibido el 31 de agosto de 2023

Aceptado el 7 de septiembre de 2023

